

Pasado y presente de la devoción a la Virgen del Carmen en Chile: la imagen de la Parroquia El Sagrario

Pilar Hevia Fabres

RESUMEN

El Centro Nacional de Conservación y Restauración (CNCR) formó un equipo interdisciplinario con el propósito de elaborar una propuesta de restauración de la imagen de la Virgen del Carmen de la Parroquia El Sagrario. Esta devoción, además de su contenido espiritual, tiene una base histórica que guarda relación con las prácticas de sus fieles. Me propongo aquí dar cuenta de los antecedentes históricos que han fundamentado esta restauración. Siendo una imagen que forma parte del culto activo, sus antecedentes históricos se refieren no sólo a la imagen misma, sino también a sus prácticas devocionales, esto es, el comportamiento concreto de los fieles al expresar su devoción en las diversas manifestaciones del culto. Se trata de ver cómo ha convivido la imagen a través del tiempo –en distintos contextos sociopolíticos y económicos de nuestra historia– con la comunidad o con la nación, generándose distintos procesos de resignificación de la propia imagen, lo que es parte de nuestra tradición cultural.

Sin desconocer la gran devoción que tuvo durante la Colonia, es a inicios del siglo XIX que ciertos hechos históricos comienzan a jugar un rol principal en la transformación de la Virgen del Carmen en un elemento de nuestra identidad nacional. Los hechos más relevantes, aunque no los únicos, fueron las guerras de la Independencia y del Pacífico. Este proceso llevó a la coronación de la imagen de El Sagrario en 1926 como “Reina de Chile”, un año después de promulgada la nueva Constitución que separaba Iglesia y Estado. El fenómeno se explica por un arraigado sentimiento religioso en la población: se manifestaba notoriamente, por ejemplo, en el pueblo y en los soldados en situaciones de guerra y ante otras dificultades, pues era un componente cultural transmitido por generaciones.

Palabras clave: Virgen del Carmen, Parroquia El Sagrario, Virgen del Carmen, identidad, Chile.

ABSTRACT

The National Conservation and Restoration Center created an interdisciplinary team to draft a proposal for the restoration of the image of the *Virgen del Carmen* of El Sagrario Parish. Worship of this religious image, in addition to its spiritual content, has an historical basis that is consistent with its followers' practices. My proposal is to outline the historical background that has justified this restoration. As an image that is actively worshipped, its historical background refers not only to the image itself but also to its devotional practices – in other words, the specific behaviour of the faithful when expressing their devotion through varying manifestations of worship. It intends to show how the sculpture has lived through time, with and within the community and the nation, in different socio-political and economic contexts of our history. This has generated different processes of assigning a new meaning to the image itself and which is part of our cultural tradition.

Although the object of undeniable devotion during the Colonial period, it was not until the beginning of the 19th century when certain historical events started to play an important role in transforming the *Virgen del Carmen* as an element of our national identity. Of all the events, the most relevant were the wars of Independence and the Pacific. Over time, the course of events led the sculpture of El Sagrario to be crowned, in 1926, as the “Queen of Chile”, a year after the new Constitution, separating Church and State, was passed. This phenomenon can be explained by a deeply-rooted religious sentiment in the population – for example, it was notoriously present in the people and soldiers during times of war and other difficulties, as a cultural component transmitted from generation to generation.

Key words: Virgen del Carmen, El Sagrario Parish, Virgen del Carmen, identity, Chile.

Pilar Hevia Fabres, Profesora de Historia y Geografía, Licenciada en Historia y Doctora © en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile.
phevia@manquehue.net

INTRODUCCIÓN

Pasadas las 10 de la mañana del viernes 18 de abril de 2008, la imagen de la Virgen del Carmen de la Parroquia El Sagrario de Santiago (a un costado de la Catedral) fue quemada por un desconocido. Salvada de las llamas, la efigie de la Virgen fue entonces retirada de su lugar de culto, adonde había llegado recién en el año 2004 desde la misma Catedral. El Centro Nacional de Conservación y Restauración –a petición del párroco padre Francisco Javier Manterola y de la Cofradía del Carmen– examinó la imagen para evaluar su posible restauración.

La Virgen quedó en tan mal estado que su aspecto era desolador. A simple vista parecía quemada por completo y, sin tener conocimientos sobre lo que es un proceso de restauración, daba la sensación de que repararla era improbable. Tras el examen, sin embargo, quienes conforman la Cofradía del Carmen, que venera y cuida esa imagen, decidieron que no había otra cosa que una restauración acuciosa, y que ésta era posible. Tenían plena conciencia de la relevancia simbólica de esta imagen para la nación –tanto religiosa como identitaria, algo que va más allá de su valor propiamente iconográfico–, y conocían también su valor artístico. Pero lo que más llamó la atención de quienes se harían cargo de su restauración fue el profundo afecto que manifestaban las camareras hacia “esa” imagen en particular. Este afecto es el reflejo no sólo de la devoción individual y colectiva de quienes conforman hoy la Cofradía del Carmen, y de quienes participan de su procesión anual, sino que también confirma la veneración de generaciones de chilenos por esta imagen durante casi dos siglos.

Con independencia de fechas y lugares, lo claro es que la procesión renueva cada año la devoción por la Virgen del Carmen. A través de la festividad se unen presente y pasado, pues en ella sus fieles, junto con celebrar los motivos que originaron su culto y que preservan los valores de la identidad nacional, fortalecen su vínculo con la Virgen mediante oraciones y peticiones relativas a su vida diaria y su circunstancia personal, unidas a otras más abstractas y generales, como el amparo y la custodia de la nación chilena. Al mezclar las solicitudes personales con las que abarcan a todo un país, este culto permite tender un puente entre las antiguas tradiciones y las innovaciones de la espiritualidad católica del siglo XIX. En esa fusión se combinan los dos mundos, y ésa es una de las razones de su persistencia en el tiempo. Se conectan así la Colonia con la Independencia, y su devoción con la idea de nacionalidad.

Esta forma tan afectiva de relación se debe, entre otras cosas, a la progresiva humanización de las imágenes de María a través de los siglos, proceso que ha posibilitado un contacto más directo y personal de los fieles con ella, especialmente en cuanto al diálogo y la interacción. Los devotos ven en estas imágenes las formas tangibles y cercanas de los misterios de la religión, estableciéndose entre fieles e imagen una aproximación “personal” a lo divino como parte integrante del vivir

cotidiano. En las procesiones se le ofrecen dones y cuidados, y a cambio se ruega por su protección, indulgencia y socorro¹. Estos ceremoniales incluyen también la costumbre de vestir, cambiar y disfrutar la imagen. Se produce así un acercamiento que refuerza en las personas su sentido de pertenencia hacia “esta” imagen en particular. Se entiende entonces por qué “esa” imagen, de El Sagrario, debía ser restaurada a toda costa (y no simplemente reemplazada por otra). De hecho, durante el tiempo que duró su restauración, quienes se encargan de su cuidado cotidiano nunca la olvidaron. Llegaban silenciosamente a dejarle flores, a visitarla, a rezarle, a pedirle algún favor y a agradecerle que aún estuviera presente. (Foto 1)



LA IMAGEN DE LA PARROQUIA EL SAGRARIO

La imagen restaurada, que se venera actualmente en la Parroquia El Sagrario, fue consagrada en 1923 como Patrona Nacional de Chile por el Vaticano, y posteriormente coronada, en una emotiva ceremonia que se celebró en el Parque Cousiño en diciembre de 1926, como Reina de esta nación por Monseñor Benedicto Aloisi Masella, legado pontificio².

La figura había sido mandada a tallar, en 1826, a la casa o fábrica Rorissier (París, Francia), por encargo de José Ramón de Ossa y Mercado. El artista francés empleó más de dos años en realizarla. La imagen de “La Carmelita” llegó a Chile a mediados de 1828, al puerto de Caldera, en una caja de madera reforzada interiormente con paja. La esperaban las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, además de la gente del puerto y de los pueblos aledaños. Gran parte de los habitantes de Copiapó engalanaron con flores, pétalos y arcos adornados la ruta que haría la imagen desde el puerto a la casa particular de José Ramón de Ossa y Mercado. Prepararon diferentes coros, y hubo una vigilia de oraciones y canciones, además de vino, carnes y bailes. Luego la subieron en andas a una carreta engalanada de tules y flores, tirada por cuatro bueyes. Su destino era Copiapó, específicamente el oratorio de la familia Ossa Cerda. Por la ruta los fieles cantaban y lanzaban flores y piropos a la Virgen. A la vez, grandes grupos familiares danzaban, mientras otros corrían, expresando su alegría al paso de la imagen. Los huasos la escoltaban cabalgando a su lado. Los mineros, pescadores y trabajadores se descubrían para saludarla. Estuvo en la ciudad de Copiapó durante treinta y siete años. Aunque no se han encontrado crónicas sobre su permanencia en esa ciudad nortina, sí se sabe, por tradición, que la imagen era sacada en andas para las procesiones anuales.

José Ramón de Ossa se casó tres veces, ya que enviudó en dos ocasiones. Su tercera esposa fue su sobrina María Dolores Ossa Cerda, viuda por su parte del francés Constante Quesney, con quien había tenido un hijo: Valerio Quesney Ossa, que heredaría la imagen de la Virgen del Carmen. En 1865, la viuda de José

Foto 1: Se aprecia aquí la conmovedora mirada de la imagen de El Sagrario en un momento significativo: su cambio de vestimenta para una procesión. Solo un número muy restringido de personas puede estar presente. Cada vez que la ocasión lo determina, alguna de las camareras, sobre todo con el auxilio de Ronny Ibacache, le cambia su atuendo mientras le cubre la cabeza con un pequeño tapado. Ronny se encarga además de lavar y reparar su ropa.

- 1 Las cofradías desempeñan un papel fundamental en la realización de las mismas, pues de ellas depende la organización de la ceremonia, el engalanamiento de la trayectoria que la imagen recorrerá y la decoración de las andas que la acompañarán.
- 2 ¿Por qué fue esta imagen y no la que actualmente se encuentra en el Templo Votivo de Maipú? Existen algunos indicios de la fuerte identificación de la imagen de El Sagrario con la Guerra del Pacífico y con el triunfo chileno, que muestran la “intercesión” de la Virgen del Carmen en los hechos de ese conflicto: por un lado, el uso del escapulario por los soldados y las procesiones que se hicieron en su honor, y, por otro, que justamente esta imagen sea la que recibió las insignias y medallas de los combatientes, lo que afirma la relevancia que tiene la Guerra del Pacífico en el inconsciente colectivo nacional. En cambio, la imagen devocional de la Virgen del Carmen que se encuentra en el Templo de Maipú se asocia más bien a la venerada por los padres de la Patria en las guerras de la Independencia.



Foto 2: Imagen de la Virgen del Carmen (que actualmente se encuentra en la Parroquia El Sagrario) cuando estaba en la Basílica del Salvador. A simple vista parece no ser la misma imagen, pero esto se debe a que han ido cambiando a través del tiempo las formas de adornarla y arreglarla, pues las distintas generaciones, con el objeto de que “se vea bonita”, la han engalanado de diversas maneras, según los gustos o visiones de cada época.

Ramón de Ossa se mudó a Santiago y se llevó consigo la imagen para instalarla en el oratorio familiar. La familia la prestaría cada año a los Hermanos Hospitalarios para la procesión anual del 16 de julio, que recuerda la aparición de la Virgen ante San Simón Stock en el Monte Carmelo, en 1251. Desde ese momento, sus ropajes, un manto café y un velo blanco, pasaron a ser un símbolo de protección para el creyente³.

En 1874 la Cofradía del Carmen adquirió la imagen por intermedio de Francisco Echenique Tagle y Macario Ossa Cerda, entonces mayordomos de la Orden. Los ropajes y las joyas que la adornan, muchas veces donaciones de los fieles como demostración de cariño por su Patrona, son propiedad de la Cofradía.

Años más tarde, en 1887, debido a discrepancias entre la Cofradía y los superiores de San Agustín, el Arzobispo de Santiago, Monseñor Mariano Casanova, cambió de sede la imagen y la trasladó a la Parroquia El Sagrario, a un costado de la Catedral, donde estuvo hasta 1890, año en que fue llevada a la Basílica del Salvador –cuya construcción comenzó en 1873–, con decreto de inamovilidad. El altar en que se veneraba la imagen de la Virgen del Carmen en la Basílica fue costado por la Cofradía, y por lo mismo era de su propiedad, por lo que ella tendría un lugar destacado⁴. Sin embargo, cuando el terremoto de 1985 dejó la Basílica seriamente dañada, se trasladó la imagen a la Catedral Metropolitana con la intención de dejarla en ese lugar mientras se realizaban los trabajos de reparación. Pero los estudios efectuados determinaron fallas relevantes en la estructura de la iglesia, por lo que la imagen permaneció en la Catedral hasta inicios del siglo XXI. Con la idea de que tuviese un lugar más definitivo, se consideró entonces que la Parroquia El Sagrario, la más antigua de Santiago, sería el lugar más adecuado para acogerla. La Virgen fue trasladada allí el año 2004, después de finalizados los trabajos de restauración de la parroquia. Nadie imaginó que pocos años después saldría de El Sagrario para evaluar su posible restauración a causa de los graves daños sufridos en 2008 a manos de un incendiario. (Foto 2)

LA VIRGEN DEL CARMEN COMO PATRONA DE CHILE

Durante la Colonia, Chile fue un país mariano. La devoción de la Virgen del Carmen fue traída a Chile por misioneros españoles en ese período, y los principales responsables de su difusión fueron los Padres Agustinos, quienes, establecidos en la ciudad de Concepción, fundaron a mediados del siglo XVII la primera Hermandad de Nuestra Madre del Carmen⁵. Cada 16 de julio, los agustinos sacaban en procesión la imagen de la Virgen y recorrían las calles principales de la ciudad. Los fieles se preparaban para estas fiestas rezando la novena y pidiendo a la madre del Carmelo su ayuda ante diversas necesidades que tenía la comunidad.

3 La imagen que utilizaban los agustinos para la procesión anual en Santiago –con anterioridad a 1865– es la que se encuentra en el Templo Votivo de Maipú desde 1945, cuando fue donada por la familia del Cardenal José María Caro.

4 La Basílica del Salvador se construyó para reemplazar a la iglesia de la Compañía, que se había incendiado años atrás. Esta última era la más importante de Santiago y la del Salvador vino a llenar ese vacío.

5 Maturana, 1904: Tomo I, p. 523.

Esta devoción logró alcanzar un mayor grado de difusión gracias a su presencia en la simbología del ejército⁶. La gran importancia de la devoción del Carmen para Concepción, cabeza de la zona fronteriza y asiento de un importante contingente militar, facilitó su entrada en el espíritu del ejército colonial. Sin embargo, si bien se trataba de una devoción importante, la principal advocación mariana en el territorio del Chile colonial correspondía por entonces a la Virgen de la Merced⁷.

Desde la llegada a Santiago de las religiosas Carmelitas Descalzas, a fines del siglo XVII (1678), empezaron a extenderse el culto y la devoción a la Virgen del Carmen en la capital chilena. El origen de la procesión de la Virgen del Carmen en Santiago se remonta al mismo año, en que se fundó la Cofradía por los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios. En 1690 se abrió el Monasterio del Carmen de San José o Carmen Alto, y en 1770 se fundó el Monasterio llamado de San Rafael o Carmen Bajo.

Las guerras de independencia provocaron una profunda mutación cultural en las prácticas políticas, las ideas, las costumbres y, por supuesto, en los hábitos y comportamientos religiosos. El orden republicano intentó construir una identidad local articulada en oposición al pasado, modificando las viejas estructuras y fundando un nuevo imaginario que tendría como centro al naciente Estado y que se apoyaría en un incipiente sentimiento patriótico. Se aspiraba a construir un imaginario visual que respondiese, tal como ocurría en el resto de América Latina, a la creación de una nueva nación secular, diferenciada de España y de las repúblicas vecinas, y a la vez había que desarrollar una serie de elementos simbólicos que pudiesen cohesionar a la comunidad nacional.

De este modo, al consolidarse la Independencia las elites políticas debieron reevaluar y reformular las tradiciones, entre ellas las de carácter religioso. Para ello recogieron diversas formas de sociabilidad heredadas del modelo precedente, con el objeto de articularlas en torno a los nuevos principios que se intentaba internalizar en la población. Así, a lo largo del siglo XIX se desarrollaron una serie de elementos simbólicos. Se escribió una historia, se “creó un panteón” con una serie de héroes patrióticos, se levantaron monumentos, se compuso un himno, se diseñó una bandera, y también se eligió una patrona espiritual del país, con el fin de implantar, difundir y cohesionar la idea de nación y los valores republicanos.

Es así como en el ámbito religioso se produjo un cambio en la relevancia de ciertas devociones, las que comenzaron a tener nuevos significados. Las autoridades intentaban otorgar mayor orden, solemnidad y piedad a la devoción popular, lo que produjo una uniformización de las prácticas devocionales, abarcando ahora un espacio territorial más amplio que el simple marco diocesano. El culto a la Virgen del Carmen es un ejemplo de los alcances de esta transformación. De ser la tercera entre las devociones marianas coloniales, su protagonismo fue aumentando desde

6 Ibid: p. 51.

7 Guarda, 1983: p. 96.

las guerras de la independencia hasta el punto de convertirse en el culto más popular de la República al despuntar el siglo XX.

En efecto, tras la Independencia la Virgen del Carmen pasó a ser asociada con la nacionalidad y el Estado, y su imagen aparecía siempre acompañando el destino de Chile. Debido a los favores que ella había prestado y seguía prestando a la Patria, se originó un natural sentimiento de gratitud por parte de los chilenos. La Virgen del Carmen se convertía así en un agente cohesionador y legitimador de la nación chilena. Desde las guerras de la independencia su imagen no sólo sirvió a fines estrictamente piadosos, sino que se convirtió también en emblema nacional. Este nuevo símbolo, de índole religiosa, convivirá en adelante con una serie de emblemas seculares, debido a la participación de la Iglesia en la estructuración de la nueva sociedad tras la Independencia. A diferencia del caso francés, en Chile no existió una desvinculación completa del carácter piadoso respecto de las fiestas cívicas. Aquí ambas cosas se integraron y fundieron, incorporando rogativas y misas a las celebraciones nacionales, y salvas de artillería a las religiosas.

La génesis de esta mutación debemos buscarla tras la derrota del ejército patriota en el Desastre de Rancagua, en octubre de 1814. Dicho acontecimiento obligó a una parte de las tropas vencidas, encabezadas por O'Higgins, a emigrar a Argentina. Los patriotas chilenos exiliados colaboraron con el Gobernador de Mendoza, José de San Martín, en la preparación de una expedición libertadora que tendría como misión derrotar a las tropas realistas establecidas en Chile.

Una tarea a la que se abocaron los dirigentes patriotas fue encontrar una patrona a la cual encomendar la suerte del Ejército Libertador de Chile que se estaba organizando. Con este fin, realizaron una votación secreta en la que fue elegida la Virgen del Carmen. Esta decisión se debió a la popularidad de la devoción del Carmen en el pueblo de Mendoza, a la asociación de su imagen con el mundo militar, rasgo que ya había comenzado a adquirir en el Chile colonial y a la participación de varios cofrades Carmelitas en la votación. Una vez que fue elegida como patrona del ejército patriota, sus imágenes comenzaron a rodearse de una simbología militar explícita. Esto se evidenció en la ceremonia efectuada en la Iglesia de la Matriz de Mendoza en enero de 1817, donde se llevó en procesión una imagen de la Virgen del Carmen procedente de un convento franciscano, la que fue adornada en su mano derecha con el bastón de mando de San Martín, mientras tropas y oficiales le rendían juramento de fidelidad⁸. Por su parte, el general José San Martín, que encabezaba el Ejército Libertador, *“se preocupó de poner a sus soldados y a la empresa bajo el manto de María en la advocación de Nuestra Señora del Carmen, título muy arraigado entre los pueblos de ambos lados de la cordillera”*⁹.

La victoria del Ejército Libertador sobre los realistas en la Batalla de Chacabuco, en febrero de 1817, fue atribuida entonces a la intercesión de la Virgen del

8 Walker, 1999: p. 48.

9 Barbero, 1993: p. 69.

Carmen. Este acontecimiento bélico vino acompañado precisamente de la declaración de la Independencia de Chile. La necesidad de consolidar la emancipación a través de las victorias militares llevó a que, en la práctica, la Virgen del Carmen fuera considerada como la protectora de la nueva nación y de sus ejércitos.

Se consideró que la Virgen del Carmen había dado a los soldados la fuerza, la esperanza y la valentía que requirieron para soportar los obstáculos y enfrentar las batallas; su nombramiento masivo como Protectora adquirió un significado común y propio, de algún modo trascendente, más allá del motivo terrenal que abrumaba a los hombres. Fue el escudo y la protección espiritual que faltaba para desencadenar el ímpetu y el entusiasmo nacional por obtener la victoria.

En marzo de 1818, cuando nuevamente se cernía sobre la capital chilena la amenaza de las tropas realistas, las autoridades civiles y eclesiásticas, con el concurso de los vecinos de Santiago, elevaron en la Catedral de Santiago un voto por el cual se comprometían a erigir, en el lugar donde se diera la próxima batalla, “*un Templo a Nuestra Señora del Carmen, jurada patrona de estas provincias, en conmemoración de este gran suceso, y como intercesora de nuestros conflictos*”¹⁰. En diciembre del mismo año, un oficio del Senado reconoció la protección de Nuestra Señora del Carmen, y un año más tarde el propio Bernardo O’Higgins reconoció a su vez que, tras la Batalla de Maipú y la derrota de las huestes realistas, el Estado de Chile era deudor de la “protección de la madre de Dios, bajo la advocación del Carmen y no de personas particulares”¹¹, convirtiendo el voto del pueblo en un compromiso de la nación.

Una de las formas más comunes, aunque no la única, de estrechar las relaciones con la Patrona, es una promesa que nace del ser humano necesitado, surgiendo así la ofrenda votiva. Ante la intensidad del dolor, la angustia por sobrevivir, el temor de la inseguridad, el hombre acude a la Virgen ofreciendo promesas y sacrificios. Este modelo de comportamiento religioso, que busca la intervención divina para dar solución a los problemas personales –y, en el caso de la Virgen del Carmen, también nacionales– tiene sus raíces en la cultura humana universal. En el contexto que analizamos, es la gracia de Dios la que puede otorgar el triunfo a los patriotas mediante la intercesión de la Virgen del Carmen, lo que genera a la vez una “piedad republicana”. Se ruega a la Virgen del Carmen, que es una figura religiosa, por la libertad y por la unidad de la nación, que son conceptos políticos.

Es indudable que las guerras de independencia marcaron el inicio de la creciente popularidad de la Virgen del Carmen. Como hemos visto, es en medio de este conflicto que ella comienza a ser considerada un símbolo nacional. Elevada a la condición de Patrona del Ejército Libertador de Chile, su figura fue rápidamente asociada a la suerte de las armas patriotas, y por lo tanto al destino de la causa independentista. Consecuentemente, poco a poco se iría instalando como un emblema

10 *Gaceta de Santiago de Chile*, Santiago, 14 de marzo, 1818. pp. 1 y 2.

11 *Gaceta Ministerial de Chile*, Santiago, 20 de noviembre, 1819. p. 1. Véase también Matte, 1994: p. 68.



Foto 3: Este cuadro da cuenta del proceso de cambio de la devoción. La Virgen del Carmen aparece ya en un paisaje que alude explícitamente a Chile y su lucha por la Independencia. Tiene en su pecho la bandera nacional, se ve al fondo la cordillera de los Andes, aparece un cóndor, y hay un personaje que representa al pueblo. Es un intento de individualizar el paisaje para que el público pueda reconocerse como parte de esa representación.

Foto 4: (derecha) Ésta es una imagen del periodo colonial y, a diferencia de la anterior, no tiene ningún elemento que la identifique con la nación chilena.



capaz de cohesionar a distintos estamentos, corporaciones y unidades políticas locales en torno a una noción de nacionalidad que comenzaba a consolidarse.

El cambio desde lo simplemente religioso a la categoría de símbolo nacional, asociado principalmente a estos esfuerzos bélicos y a la noción de nacionalidad, se tradujo en su popularización y transformación. La guerra sería un factor que aceleró este proceso de conversión de la Virgen del Carmen en un símbolo nacional, pues durante los enfrentamientos con un enemigo externo la totalidad de la sociedad participaba de la misma emoción, sin distinción de sus preferencias políticas. Cualquier disgregación de la población o cuestionamiento de la soberanía nacional desaparece frente a la unidad que se requiere ante la adversidad. (Fotos 3 y 4)

Si la Independencia había representado un primer momento de devoción nacional hacia la Virgen del Carmen, impulsado principalmente por el aparato estatal, el segundo gran momento en que dicha advocación se presentó con fuerza ante el país fue durante la Guerra del Pacífico, en 1879¹². Ésta representó un hito clave en el proceso de transformación definitiva de la devoción de la Virgen del Carmen en un símbolo de alcance nacional. Durante el conflicto, la Iglesia Católica

convocaba periódicamente a la comunidad para que participara en jornadas de oración y reflexión en las que se invocaba la protección divina a favor de las armas nacionales. En este escenario, la devoción carmelitana, ya asociada al ejército, sería particularmente requerida.

A pocos días de declararse esta guerra, la autoridad eclesiástica de Santiago organizó una solemne rogativa a Nuestra Señora del Carmen en la Iglesia Catedral con el propósito de implorar por “*su divina protección a las tropas que están en el litoral*”¹³. Respondiendo al llamado, un gran número de fieles concurrió día tras día a escuchar las prédicas de los oradores, en medio de un templo especialmente adornado para la ocasión y con el altar de Nuestra Señora del Carmen custodiado por una guardia de honor del Regimiento de Cazadores.

Si en el período de la Independencia fue el naciente Estado el principal interesado en difundir y facilitar el culto hacia la Virgen del Carmen, vinculándola con el Ejército de Chile al designarla como su Patrona, en el periodo de la Guerra del Pacífico fueron los miembros de la Iglesia Católica y el Estado las voces que, en conjunto, apelaron públicamente a la devoción carmelitana como referente religioso.

El escapulario carmelitano se repartió a toda la población; las iglesias se atestaban cada día a la hora de misa con madres sufrientes al entregar a sus hijos, maridos y padres en esta nueva guerra. Y Ella, compasiva, consoló a toda persona que implorara su consuelo, atendió todas las súplicas que se le hicieron, protegió a todos los hombres que por su patria lucharon. Puesto que la posesión del escapulario, medallitas e imágenes les daba a los soldados el valor para salir a batallar, estos elementos materiales significaron una mayor cercanía a la figura materna y protectora que tanto necesitaban.

Apenas se inició el conflicto bélico, el gobierno pidió ayuda a la Iglesia Católica y ésta no dudó en prestarla, colaborando decididamente con las necesidades que imponía el estado de guerra. A la preocupación concreta por la condición en que quedaban los heridos y por la suerte que corrían las familias de los soldados que partían a la campaña, se sumó entonces una especial atención por el servicio religioso de quienes defendían a Chile en los campos de batalla. En círculos de la Iglesia se concebía ésta como una de las necesidades más apremiantes de la guerra: el Ejército expedicionario debía contar con la presencia de capellanes entre sus filas que con su palabra infundieran a los soldados valor, coraje y confianza en Dios, la Virgen y su patria¹⁴. Incluso a pocos días de iniciada guerra, los presbíteros Ruperto Marchant Pereira y Florencio Fontecilla ofrecieron sus labores gratuitamente al Ministerio de Guerra para atender el servicio espiritual de los soldados en campaña. Su solicitud fue vista con buenos ojos por el Gobierno, transformándose estos eclesiásticos en los primeros de una serie de numerosos religiosos que participaron con el mismo objeto a lo largo de la Guerra del Pacífico¹⁵.

12 No se puede desconocer la existencia de otros factores que hicieron posible su persistencia en el tiempo. La Cofradía dedicada a la Virgen del Carmen, que había sido fundada durante la Colonia, organizaba y financiaba el novenario en honor de la Virgen del Carmen y luego la procesión en el mes de octubre. Respecto a las disposiciones devocionales que debían cumplir los adscritos a esta cofradía, véase *Manual del Cofrade Carmelita, o exposición del orijen, indulgencias, privilegios, deberes i usos de la cofradía del escapulario de la Santísima Virgen María del Carmen con varios ejercicios piadosos*. Santiago, Chile: Imprenta del Correo, 1866.

13 “Rogativa a N. S. del Carmen”. En: *El Estandarte Católico*, 3 de abril de 1879.

14 “Un capellán para el Ejército”. En: *El Estandarte Católico*, 21 de febrero de 1879.

15 “Capellanes para el Ejército”. En: *El Estandarte Católico*, 5 de marzo de 1879.

Además de la preocupación por el servicio religioso de los cuerpos armados en el frente de batalla, la Iglesia Católica convocó a numerosas jornadas de oración y reflexión, especialmente en la ciudad de Santiago, utilizando como nexo las múltiples devociones que conformaban su estructura religiosa. Estos sermones clericales se desarrollaron para dar un entendimiento teológico a los eventos que agitaban al país.

En el discurso de apertura, el presbítero Rodolfo Vergara Antúnez señaló que la guerra era una de las pruebas más duras a la que podía ser sometido un país, pero que había ocasiones en que tal desafío debía ser asumido sin cuestionamientos, intentando sacar de él los mejores bienes. Para que el pueblo de Chile, “*intrépido y denodado en las batallas*”, saliera victorioso, era necesario que recordase el poder de la religión¹⁶. El Presbítero Esteban Muñoz Donoso, en tanto, llamó a dedicar todas las oraciones destinadas a garantizar el triunfo de las armas nacionales a la Virgen del Carmen, confiando en que bajo su protección los destinos de Chile estarían a salvo¹⁷.

En este escenario, el Combate Naval de Iquique también sirvió para que la figura de la Virgen del Carmen fuese difundida como símbolo religioso y patriótico a la vez. El héroe de ese episodio, el Comandante de la Esmeralda, Arturo Prat Chacón, era un ferviente devoto de la Virgen del Carmen, e incluso en el momento de su muerte portaba su escapulario correspondiente¹⁸. De la galería de héroes surgidos de ese importante episodio de la guerra, Prat no fue el único que había tenido alguna vinculación con la advocación carmelita. Según una crónica aparecida unas semanas después del Combate de Iquique, el Teniente Serrano, antes de embarcarse, había sido sorprendido orando en la iglesia de Tomé a los pies de una imagen de la Virgen del Carmen, ante la cual acababa de ofrecer “*el sacrificio de su vida, si era necesario, para el engrandecimiento de la patria*”¹⁹.

Hemos mencionado que durante gran parte del siglo XIX la veneración pública de la imagen de la Virgen del Carmen estuvo acotada principalmente a los meses de julio, con ocasión del día de Nuestra Señora del Carmen, y octubre, con motivo de la tradicional procesión anual dedicada a esta devoción. La anual procesión en honor a la Virgen del Carmen tuvo durante 1879 características particulares. La Cofradía del Carmen, organizadora de la celebración, consideró necesario trasladar el templo de origen de las actividades desde la Iglesia de San Agustín a la Catedral Metropolitana, en virtud de la gran concurrencia que, se preveía, podía asistir a la ceremonia, otorgándole a este acto un evidente carácter nacional²⁰.

Todo un pueblo invadía la Catedral para acompañar a la imagen de la Santísima Virgen del Carmelo. La piedad y el entusiasmo se dibujaban en los semblantes, y era imponente la vista de ese pueblo agradecido, que iba a pagar a la Patrona de nuestro ejército su deuda de gratitud por “*los favores que ha alcanzado esta querida patria*”²¹.

Una vez más, reconocidas las limitaciones del ser humano, se recurre durante la guerra a la Divina Providencia, la que se expresa a través de la Virgen del Carmen.

16 “Discurso de apertura pronunciado por el presbítero don Roberto Vergara Antúnez el 13 de abril de 1879”, en *Discursos religioso-patrióticos predicados en la Catedral de Santiago con motivo de la solemne rogativa por el triunfo de las armas chilenas*. Santiago, Chile: Imprenta de ‘El Estandarte Católico’, 1879. p. 7.

17 “La guerra en manos de Dios. Discurso pronunciado por don Esteban Muñoz Donoso el 19 de abril de 1879”. En: *Discursos religioso-patrióticos...*, p. 29.

18 Vial, 1995: pp. 110-111.

19 “De El Ferrocarril...”. En: *El Estandarte Católico*, 5 de julio de 1879.

20 “Novena de Nuestra Señora del Carmen”. En: *El Estandarte Católico*, 9 de octubre de 1879.

21 “Procesión de Nuestra Señora del Carmen”. En: *El Estandarte Católico*, 20 de octubre de 1879.

Tal como hemos señalado, ante las permanentes amenazas de la muerte, el hambre, la soledad y la inseguridad, se recurre a la Virgen del Carmen, “a la posibilidad de lo milagroso”, actitud que muestran no sólo los propios soldados, sino también sus comandantes y otros hombres más ilustrados. El General Manuel Bulnes era conocido por su trato especialmente cercano con la Virgen, pues la llamaba “mamita” o “mi señora del Carmen”. Todos sus logros, a su juicio, provenían de Su intercesión, y, siempre consciente de ello, así lo explicaba públicamente: “*No, monseñor, yo no fui quien ganó esa batalla, sino mi señora del Carmen, quien me inspiró súbitamente una acción y un movimiento, que por mí mismo no habría ejecutado...*”. (Diálogo entre el General Bulnes y el Deán de la Catedral de Concepción)²². (Fotos 5, 6 y 7)



LA CORONACIÓN

A principios del siglo XX, la Iglesia chilena, apoyada por el pueblo, pidió a Roma el patronato de la Virgen del Carmen para la nación de Chile. En el Congreso mariano de 1918 el sacerdote Abel Arellano hizo hincapié en dos proyectos: la designación canónica de la Virgen del Carmen como Patrona Nacional y la coronación pontificia de la histórica imagen venerada en la Basílica del Salvador. Junto a esta petición se incluía la potestad de coronar la imagen de la Santísima Virgen en dicha Basílica. El 24 de octubre de 1923 llegó la respuesta del Vaticano, accediendo a ambas peticiones.

El juramento del patronato canónico de la Virgen del Carmen se verificó el 8 de diciembre de 1923. La imagen del Salvador fue trasladada a la iglesia de Santo Domingo, donde comenzó la proclamación, y de ahí a la Catedral, donde el obispo de las FF.AA., monseñor Rafael Edwards, fue el encargado de consagrar la República de Chile a la Virgen del Carmen. Luego la imagen salió de la Catedral y dio vuelta a la Plaza de Armas, en un recorrido que duró casi una hora, y luego pasó por la calle

Fotos 5, 6 y 7: La imagen de la parroquia El Sagrario con condecoraciones de soldados que participaron en la Guerra del Pacífico, y el detalle de una de ellas. Caja con medallas y condecoraciones donadas por los soldados a la Cofradía. La devoción tiene una estrecha relación con la necesidad de protección, que es tanto nacional como individual.

22 Ramírez, 1948: p. 86.

Ahumada, salió a la Alameda hasta Brasil, por donde entró hasta llegar a la Basílica del Salvador cerca de las ocho de la noche.

En diciembre de 1925, el Papa Pío XI publicó la encíclica *Quas Primas*, que incentiva el culto a Cristo Rey. El lema “*Pax Christi in Regno Christi*” buscaba incentivar la paz en el mundo después de la Primera Guerra Mundial. En Chile, la Encíclica aparece publicada en la *Revista Católica* en marzo de 1926, lo que estimuló al episcopado nacional a realizar la coronación de la Virgen.

Si bien la iniciativa de coronar esta imagen de la Virgen del Carmen venía desde 1918, con el Primer Congreso Mariano Femenino, no deja de ser interesante que la coronación tuviese lugar un año después de la promulgación de la Constitución de 1925 y en el mismo año de la encíclica papal. Es decir, existe un interés histórico y devocional por rendir un homenaje a la Virgen del Carmen a través de su coronación, pero también este hecho responde a una coyuntura política y social bien precisa.

El homenaje se realizó en el Parque Cousiño el 19 de diciembre, pero los jóvenes de la Asociación de la Juventud Católica velaron la imagen de la Virgen en la Basílica del Salvador. La prensa señalaba que a las cuatro de la mañana ya no cabía nadie en ella ni en las calles aledañas. A las cinco de la tarde hubo un toque general de campanas en todo el país: era el momento en que la imagen iniciaba su salida de la basílica procesionalmente, luego de una misa oficiada por Monseñor Edwards.

Desde tempranas horas de la mañana se apreciaba la llegada de gente al Parque Cousiño: venían desde distintos puntos del país en los llamados “trenes marianos”, que llegaban a las estaciones Mapocho, Alameda y Pirque. A las cinco de la mañana el parque estaba repleto. La imagen de la Virgen tenía que estar a las cinco y media en el parque, pero llegó a las siete por la cantidad de gente que ocupaba las calles de su recorrido. Cuando entró al parque, los coros, las bandas militares, los colegios y otras instituciones comenzaron a cantar la canción nacional. Finalmente la imagen fue colocada en un trono y rodeada de veinte altares en los que se decía misa y se recibía la comunión. Después de las ocho de la mañana entraron los veteranos del 79, que llevaban en sus manos las banderas (habían sido sacadas para la ocasión del Museo Histórico Nacional) con que volvieron de Lima en 1881, y que en esa oportunidad habían inclinado delante de su Patrona. Luego ingresaron los carros que llevaban las coronas, escoltados por dos mil niños vestidos de blanco, y junto a ellos todos los obispos envueltos en sus capas. A las once, la Virgen fue coronada por el representante del Papa, monseñor Aloisi Masella, y el entusiasmo reinante se tornó en un gran silencio. Era un silencio conmovedor el de toda esa masa humana que ocupaba totalmente varias cuadras. El nuncio coronó la imagen del Niño y de la Virgen del Carmen. Luego se agitaron las banderas, hubo un repique general de campanas, sonaron las salvas de veintiún cañones, y miles de flores fueron lanzadas por decenas de aviones. Por primera vez ese domingo amanecieron todas las iglesias de Santiago cerradas, porque las misas se celebraron sólo en el Parque.

Terminada la ceremonia, la imagen coronada fue llevada en triunfal procesión a la Basílica del Salvador, donde se diría una misa solemne. Se calcula que asistieron unas 500.000 personas. (Fotos 8 y 9)



Fotos 8 y 9: Vista general de la gente llegando al Parque Cousiño el día de la coronación de la imagen de la Virgen del Carmen de la Parroquia El Sagrario, en 1926. La fotografía superior muestra el momento preciso de la coronación.

Aun dentro del proceso de laicización que se vivía en Chile desde la Independencia, intensificado hacia fines del siglo XIX, se produce en 1879 un incremento de los ruegos a la Virgen del Carmen. Como se ha dicho, la contingencia bélica de ese momento influyó muy significativamente en este fenómeno. Ante el peligro de la guerra, la muerte y la catástrofe, las familias ruegan por sus hijos. El pueblo se manifiesta defensor de su esencia cultural a través de la conservación de costumbres que no habían desaparecido. En esto fue fundamental la experiencia vivida por los soldados en el campo de batalla. No estuvieron ajenos a ello los políticos que dirigen

el país. Es así como la serie de ruegos, tanto masivos como particulares, muestran la familiaridad que hacia fines del siglo XIX tenían el pueblo, los soldados, muchos oficiales militares y aun políticos con la devoción religiosa. Ante la adversidad, se revivía una antigua tradición, la que se adecua a un nuevo contexto sociopolítico, y también a los cambios ocurridos en la espiritualidad en el transcurso del siglo XIX. Se produce la unión entre la Virgen del Carmen y la jerarquía eclesiástica del país, a la vez que se une la piedad rural con la de la sociedad urbana. (Foto 10)

Foto 10: La imagen, ya coronada y con su manto Real, reafirma su título de Madre de la Patria. El manto de la coronación, conocido como "manto Real", fue mandado a bordar por las camareras de la Cofradía en 1896. El manto se mojó completamente en la procesión de rogativa por la Patria en julio de 1931. Con este manto fue conocida la Virgen hasta 1976. En esa fecha, la imagen hizo una gira por los conventos enclaustrados de las arquidiócesis de Santiago, donde se fueron recolectando los finos bordados con que se confeccionó un gran manto real de gratitud de Chile. Se le dio ese nuevo manto en 1986 para las Bodas de Diamante de la Coronación, el que fue bendecido en la Catedral por Juan Francisco Fresno.



BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

“Discurso de apertura pronunciado por el presbítero don Roberto Vergara Antúnez el 13 de abril de 1879”, en *Discursos religioso-patrióticos predicados en la catedral de Santiago con motivo de la solemne rogativa por el triunfo de las armas chilenas*, Santiago, Chile: Imprenta de ‘El Estandarte Católico’, 1879.

Manual del Cofrade Carmelita, o esposición del orijen, indulgencias, privilegios, deberes i usos de la cofradía del escapulario de la Santísima Virgen María del Carmen con varios ejercicios piadosos. Santiago, Chile: Imprenta del Correo, 1866.

Gaceta de Santiago de Chile. Santiago, Chile, 14 de marzo, 1818.

Gaceta Ministerial de Chile. Santiago, Chile, 20 de noviembre, 1819.

El Ferrocarril. 6 de octubre de 1865.

El Estandarte Católico, entre enero y diciembre de 1879.

Bibliografía secundaria

ALIAGA, F. *La Iglesia en Chile: contexto histórico*. Santiago, Chile: Ediciones Paulinas, 1985. 244 p.

BARBERO, E. *María en América*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Lumen, 1993. 286 p.

GUARDA, G. “Iglesias dedicadas a la Santísima Virgen en Chile, 1541-1826”. En: *Anuario de Historia de la Iglesia en Chile*, Santiago, v. 1, n 1, 1983. pp. 95-111.

MATTE, J. “Religiosidad del libertador don Bernardo O’Higgins Riquelme”. En: *Anuario de Historia de la Iglesia en Chile*, v. 12, 1994. p. 10.

MATURANA, V. *Historia de los agustinos en Chile*. Santiago, Chile: Imprenta Valparaíso, 1904. tomo I. 901 p.

RAMÍREZ, J. *La Virgen del Carmen y Chile*. Santiago, Chile: Editorial Difusión S.A., 1948. 200 p.

VALENCIA, L. *Símbolos patrios*. Santiago, Chile: Editora Nacional Gabriela Mistral, 1974. n. 1. 96 p.

VIAL, G. *Arturo Prat*. Santiago, Chile: Editorial Andrés Bello, 1995. 293 p.

WALKER, O. “Chile Mariano: un pueblo para Jesús. La Virgen del Carmen y los agustinos”. En: *Anuario de Historia de la Iglesia en Chile*, v. 17, 1999. pp. 41-73.

